

perifèria

Número 4, junio 2006

www.periferia.name***El velo, el Rolex y la Antropología***Teresa San Román – UAB – Departament d'Antropologia social i cultural¹**Abstract**

This small essay points out that the former argument about wearing the veil in the schools is, in fact, a contest among competing identities. Veil it is not only a religious or cultural marker (as many others, very common in any society) nor a symbol of Islamic identity in front of its prohibition. New students in Anthropology have to be ready to understand our culture and others culture through a good training and good ethnography.

Resumen

Este pequeño ensayo muestra cómo el uso del velo en las escuelas, más allá de su significado como marcador cultural o religioso (omnipresentes en nuestra sociedad), se ha transformado en un símbolo de identidad islámica a partir de su prohibición. Los estudiantes de antropología tienen que prepararse adecuadamente para entender nuestra cultura y la de los demás a través de la práctica de una buena etnografía.

Me preocupa la futura formación de los antropólogos en este país, ahora que nos encaminamos ya hacia la reforma de las enseñanzas universitarias a que obliga el proceso Bolonia. Y tengo que confesar que me preocupaba ya antes por su estrechez, por su brevedad. Me preocupa como animal académico y como ciudadana en un país especialmente necesitado de reflexión antropológica y de etnografía seria, sin malos hábitos ni malas copias, que permita un conocimiento más profundo de la cultura de los otros y de la nuestra.

¹ Enviar correspondencia a: teresa.sanroman@uab.es

perifèria

Número 4, junio 2006

www.periferia.name

En su momento, seguí con estupor la polémica suscitada por el velo islámico, en especial por lo que tuvo de aceptación, por parte de la parte civilizada de Occidente, de lo que llegó a ser provocación por parte de la parte incivilizada árabe. La cuestión no es si la escuela pública debe o no ser laica, que yo creo que sí. La cuestión es el uso privado de marcadores culturales, religiosos en este caso. En Francia el problema se suscitó por el enfrentamiento entre alumnos judíos y árabes, pero el freno a esa violencia, declarando no sólo laica la escuela sino agnósticos a sus alumnos, fue en realidad tanto una muestra de impotencia de los medios educativos como la consecuencia de las políticas regionales y del orden político mundial. Pero aquí, donde en general no existía ese problema y donde los que había se han podido más o menos solventar por los educadores sin recurrir a la represión, la polémica del velo islámico, precisamente por su inocuidad, puede observarse en toda su crudeza: algunos cayeron en la cuenta de que los símbolos religiosos de carácter personal atentaban contra la laicidad de la escuela o que eran una imposición de unos sobre otros (no sólo creyentes de otras religiones sino no creyentes) y otros más de que constituían un peligro para la religión hegemónica. Cayeron en la cuenta justo cuando uno de esos símbolos, el velo islámico, estaba provocando una inquietud fundamentalista bien repartida. Por lo demás, no parece que en nuestro país pasara nada por el hecho de que durante décadas cada uno portara los que quisiera. Pero éste, concretamente éste, hay quien pensó e incluso piensa en suprimirlo, aun a costa de suprimir el resto.

Hay más que esto. Si nos detenemos un momento en esta absurda y peligrosa carrera de aquél enfrentamiento y pensamos ahora ya con cierta distancia sobre el velo, éste no pasa (pasaba) de ser un marcador religioso, inscrito en una tradición mucho más antigua y extensa que lo reducía a un complemento de vestir femenino. En muchos lugares de España todos los que, además de tener ya unos añitos, esperábamos el tiempo libre con ansia para ir al campo, hemos visto a las mujeres con la cabeza cubierta por un pañuelo. Los Escoltas y otros grupos de ocio infantiles llevan un pañuelo al cuello con fines más corporativos: el indicar su adscripción a uno de esos centros. Los señores de hace no tantos años, cuando vestían formal o semiformalmente, llevaban con frecuencia un pañuelo en el bolsillo de la pechera con el único propósito de que estuviera ahí, marcando su adscripción de clase. El velo islámico es una adaptación concreta del extendidísimo pañuelo a la voluntad

perifèria

Número 4, junio 2006

www.periferia.name

de indicar la adscripción religiosa. Y eso parece suscitar dos problemas: que es una imposición masculina y que esa religión a cuya pertenencia se refiere es el Islam.

Efectivamente, es una imposición masculina si entendemos que cuando yo salía de casa con veinte años no podía llevar pantalón ni mi novio falda. Lo es, porque el peso de las decisiones ha recaído secularmente en los varones, que por alguna razón (fácil de intuir, por otra parte) se veían en la necesidad de tener el poder. Y las decisiones respecto al velo islámico las tomaron los varones islamistas, como las tomaron nuestros hombres del clero cuando se trataba de que las mujeres no pudieran ir sin el velo a misa hace treintaicinco o cuarenta años o como tomaron las de discriminarlas en el trabajo. La inclinación masculina del poder ha sido un hecho, lo sigue siendo en buena parte del mundo y lo es mucho más de lo que debería serlo en el nuestro.

Que el velo islámico marque religiosamente a una mujer tiene innegables consecuencias. Unas son comunes a las que pueda tener que uno de nuestros hijos lleve una crucecita al cuello o que lleven pañuelo las propias monjas. Pero las que se arrojan en su contra desde "nuestras" filas sobre el velo se refieren al carácter de aviso público: esa mujer sólo podrá tener relaciones sentimentales y formar una familia con un musulmán. Esa idea, en primer lugar, olvida que muchas mujeres llevan el pañuelo siendo árabes y sin ser musulmanas y otras no siendo ninguna de las dos cosas. Pero, sobre todo, implica una falta absoluta de autoconocimiento, no digamos de autocrítica, por nuestra parte. Me refiero a que el llevar por Madrid una pulsera con la senyera en esmalte, el llevar por Cataluña el toro ibérico en la puerta del maletero del coche, el llevar un misal o una Biblia en la mano el domingo (aún más el resto de los días) o, simplemente, el hablar correctamente (sea castellano o català o euskera o galego), el adornar la muñeca izquierda con un Rolex y tantas otras cosas de una lista interminable, todas esas cosas son marcadores étnicos o religiosos o de clase que hacen pública una adscripción y una condición para la relación. Las formas de disuadir a otros de que entren en nuestro coto privado de lo que sea, a no ser que dejen de ser lo que son, invaden el mundo.

Hay problemas interculturales, no cabe duda, a los que deben enfrentarse los educadores, pero sabiendo que aquéllos cuyas raíces más profundas están en este

perifèria

Número 4, junio 2006

www.periferia.name

mundo tan injusto no se gestan en el interior de la propia escuela. La prohibición del velo islámico ha tenido una consecuencia inmediata: de ser una costumbre y un marcador religioso ha pasado a ser un elemento emblemático de identidad de los pueblos árabes, cosa que no era. Y el ataque al velo es ya un ataque no sólo al Islam, que también, sino a cualquiera que tenga o comparta una identidad árabe, sea o no musulmán.

Muchas de estas cuestiones son discutibles. Como casi todas. Y muchas son propias de especialistas de la Antropología Sociocultural, como la evolución de los marcadores en contextos de represión, el papel de las religiones minoritarias en el imaginario mayoritario en momentos de tensión sociocultural o la relación entre identidad personal, identidad étnica e identidad religiosa y sus desdoblamientos y contracciones en función de ciertas condiciones y factores. Esperemos que las nuevas titulaciones del espacio universitario europeo establecido en Bolonia den paso en nuestro país (que en otros ya lo tienen) a unos estudios de Grado en Antropología Social y Cultural menos raquíticos de lo que lo han sido hasta el momento, de manera que contemos con científicos capaces de desentrañar los problemas de la cultura, de su diversidad y sus similitudes, de las relaciones interculturales a las que dan paso; de manera que puedan seguir nutriendo profusa y efectivamente, como ha ocurrido hasta ahora, a otras disciplinas de las Ciencias Sociales y a las Humanidades con esos saberes; de manera que éstos puedan ser incorporados de forma más consistente y menos equívoca. Y esperemos que unos Postgrados amplíen y profundicen este conocimiento y que otros sirvan a la formación de especialistas que puedan intervenir en la dilucidación de problemas sociales para los que estos conocimientos son tan necesarios en este mundo cada vez más sectariamente globalizado, cada vez más inhumanamente fraccionado con la excusa de culturas, símbolos y relaciones cerradas que impiden vislumbrar al ciudadano en el ser humano.